

4 P.M.

Ella había dicho hasta dónde debíamos pasar, había fijado el límite, y le creímos. Así que, cuando pasamos la línea que ella había marcado, cuando le hicimos caso, se oyó la orden de que abriéramos todas las puertas y todas las puertas se abrieron y todos andábamos por todas partes y no había rincón por el que no pudiésemos pasear y así fue como muchos de nosotros morimos cuando el agua ocupó todos los lugares sin que ninguna puerta le pusiera un límite. Ella, desde tan lejos, nos había engañado.

El piso se movía. Húmedo y frío oscilaba. Y varias veces se empinó casi hasta los noventa grados y nos obligaba a agarrarnos de los bordes. El viento gélido se calaba entre las lonas y nos llegaba hasta los huesos, hasta las pelotas, hasta el alma. Igual estábamos agradecidos a Dios. Agarrotados, abrazados para no dejar escapar un grado de calor, moviendo el cuerpo para que la escarcha no nos mate un pie, una mano, la nariz; pero agradecidos a Aquel que nos dio esperanza. Los otros, los que no pudieron salir, están en el fondo, miles de metros debajo de este piso mojado y glacial.

Lo habíamos visto hundirse. El viejo guerrero se inclinó, cansado, y se dejó llevar por la modorra, dejó que el mar le entrara y se entregó sin luchar. Su memoria de acero y madera, en esos momentos, tal vez recordara sus batallas por tantos mares, por tantos años. Y quizás esperara una muerte así, en pleno mar, en otra guerra, en un domingo a las cuatro de la tarde, con otra bandera, con dos torpedos que abrieron aquellos huecos por donde el agua golosa ocupó todos sus escondrijos, sin puertas que la detuviera, y se lo llevó con ella, hasta el fondo rocoso y final.

Mecidos por el mar, esperábamos.

Contando al herido, éramos siete. La balsa tenía espacio de sobra, pero estábamos todos acurrucados en el medio, tiritando. De vez en cuando achicábamos para que el nivel del agua no subiera tanto. Nadie sabía, ni nos preguntábamos, por dónde se filtraba el agua. El agua estaba y había que sacarla con los jarros, con un balde, con lo que sea. Y nos frotábamos las piernas, las manos, la cara.

Doce grados bajo cero.

Martínez, el herido, se quejaba. Se aguantaba lo que podía, pero se le escapaban los quejidos. Entre dos lo abrazábamos para darle un poco de calor, sin apretarle las quemaduras y sin mirarle la cara, lo que quedaba de la cara, ni oler el vaho picante de la carne chamuscada.

4 P.M.

3

Yo lo saqué. Había terminado mi guardia y estaba en la litera por acostarme cuando sentí el ruido, como el de un auto chocando contra el barco. Instantáneamente supe lo que era y manoteé la chaqueta y me fui a la sala de máquinas y ahí sentí el segundo torpedo que llenó de fuego una parte de la sala y yo bajé y lo subí a Martínez por la escaleras a oscuras y lo seguí arrastrando hasta agruparnos ante la balsa asignada a nuestro grupo en casos de ataque: la balsa 16. Y allí esperamos mientras el Belgrano se inclinaba y la balsa bajaba al mar, siete o nueve metros más abajo. Primero se tiró Parrino y cayó sobre el techo de la balsa, después Unzúa; entre Gómez y yo agarramos a Martínez y lo tiramos como un paquete sobre el techo, pero no pudo aferrarse y cayó al mar, menos mal que Parrino lo pescó con sus manazas y lo subió a la balsa. Después, los otros dos y yo nos tiramos.

Con rapidez remamos para alejarnos del buque y evitar que nos chupara su hundimiento. Todas las balsas se desparramaban por el mar, menos una, la que esperaba al comandante, el último hombre vivo o en condiciones de saltar, otros trescientos estaban muertos o tan heridos que agotaron sus posibilidades de vivir. Vimos al hombre en la cubierta. Solo. Todos esperábamos un gesto.

Aquel gesto.

Pero no.

Y el comandante, el que había ordenado abrir las puertas, se tiró, y semejaba una marioneta que caía a plomo y dibujaba con su estela una cola gris y larga y rebotaba en el techo de la balsa que lo devolvía al barco y volvía a

rebotar hasta que la balsa, a regañadientes, lo dejó albergar su deshonor y lo arrojó adentro, con los otros.

Pasamos cuarenta y ocho horas en la balsa. De lo que pasó en ella, no quiero acordarme más. Sólo diré que mi hija, los ojos de mi hija, la sonrisa de mi hija y el dolor de no cuidarla, de no poder verla florecer, hacerse mujer, me dieron el calor y las ganas de vivir para salir de aquello. Y que he rezado mucho. Que me castigué mil veces por lo malo de mi vida y me perdoné mil una. Que nunca me arrepentí de ser marino, como mi padre. Que nunca me avergoncé ni se debilitó el amor a mi patria. Que le pedía a Dios que me dejara volver, para cuidar a mi nena.

Todos rezábamos, y Dios contestó a su manera. Con su voz ronca y sonora y su figura, que esta vez tenía la forma del buque tanque Rosales, que inmenso se imponía al horizonte con la bandera argentina a lo alto de su mástil.

Nos abrazamos y gritábamos y nos movíamos por toda la balsa arrodillados, tocando el techo bajo. Nos sentíamos como cuando la selección hace un gol. Y lloramos.

En un momento nos acercamos a Martínez para decirle que aguante un poco más. Y todo en él era frío. Un frío que subía por cada mano que lo tocaba. Y nos callamos.

Martínez no respiraba. Nos miramos. Arrodillados nos pusimos firmes y le hicimos el saludo militar. Nos miramos. Y mientras los motores del Rosales se acercaban, uno de nosotros dijo unas palabras mientras a coro rezábamos un poco más arriba que el rumor de las olas ansiosas. Nos miramos. Y supimos que esa masa llagosa no sería vista

4 P.M.

5

por nadie. Que todos debían recordar al Martínez alegre y festivo. Lo acercamos al borde y le dimos la única tumba que anhela un marino: el mar. Las piernas, o eso que ocultaba las piernas, entraron en el agua, luego el torso, y, nadie quería ver, la cabeza. Acongojados pero orgullosos miramos a nuestro compañero que se hundía despacio y mientras desaparecía, el mar, el amado mar, recibía a su hijo y poco a poco le iba devolviendo la imagen de siempre, las piernas fuertes, el torso musculoso y la sonrisa, hasta una ola de superficie le prestó movimiento y nos saludó con un brazo, feliz de unirse con los otros valientes y el legendario guerrero de metal. Un viento cálido y misterioso nos acaloró el alma.

*Gracias, marino Miguel, héroe de Malvinas, por compartir conmigo este pedacito de dolor.

1) Hugo Marietan, escritor, marietan@marietan.com, 154 447 4980. Escrito en Buenos Aires, el 6 de abril de 2008.